

MONTAIGNE Y ESPAÑA (Comentario a las ediciones españolas de los *Ensayos*)

Martín González Fernández
(Universidad de Santiago de Compostela).

(Conferencia pronunciada el 26 de Noviembre de 1992 en la "Casa de Vélazquez", "École des Hautes Études Hispaniques", en las Jornadas sobre "Montaigne y la Modernidad" en el IVº Centenario de la muerte de Michel de Montaigne).

I) INTRODUCCION.

En la actualidad la oferta editorial de versiones de los *Ensayos* (recuérdese que el *Journal de Voyage* ha sido traducido por vez primera y parcialmente por J. Casals Pons en fecha reciente: *Diario de Viaje a Italia por Suiza y Alemania*, Barcelona, Península, 1986), es amplia en nuestro país. En algunas de ellas se usufructua la clásica traducción de Román y Salamero. A veces, se editan tan sólo selecciones temáticas de los mismos. No vamos a detenernos aquí en el comentario crítico en torno a la fidelidad y cuidado o calidad de cada una de estas versiones; aunque estemos convencidos de que este ejercicio crítico sea necesario y urgente.

Tan sólo, en relación a esta cuestión, quisiéramos indicar, en un sentido genérico, que, globalmente, en ellas no se suele mantener la sensibilidad de traductor que el propio Montaigne demostró tener y practicar en su versión de la *Teología Natural* del catalán Sebiuda o Sebunde. Las traducciones, al menos las castellanas, suelen ser deficientes y sobre este punto viene advirtiéndonos responsablemente, en distintas ocasiones y foros, la Corresponsal en España de la "Sociedad de Amigos de Montaigne", la Prof. Otilia López Fanego. En algunas de ellas, incluso, según convenga y tendenciosamente, se suprimen párrafos enteros. Es escandalosa, por ejemplo, la censura que realiza, en su edición de los *Ensayos* (Barcelona, Iberia, 1947), Juan G. de Luaces hace del Cap. 6 del Libro III, en donde Montaigne, como es

bien conocido, alude y critica el cruento proceso de colonización español en el Nuevo Mundo. Probablemente por no adaptarse demasiado a la retórica fascista al uso en ese momento en nuestro país. En fin, como se ve, el tema tiene mucha enjundia. Pero, no vamos a orientar nuestro trabajo en este sentido. Aquí queremos tan sólo hacer un breve recuento de las traducciones existentes y comentar, al hilo de su presentación, los estudios que sirven de "Introducción" a las mismas y que frecuentemente quieren ser guía u orientación de lectura de la obra de Montaigne. Nos interesan, fundamentalmente, pues, las interpretaciones que subyacen a estos "Prólogos".

II) LA VERSION DE DIEGO DE CISNEROS.

La versión de Diego de Cisneros data del siglo XVII y es parcial. El primero en informarnos acerca de su existencia fue, creemos, Gallardo en su *Ensayo de una Biblioteca Española de obras raras y curiosas* (t. II, nº 1838), quien dice estar en posesión de un manuscrito de cierta versión de los *Ensayos* de Montaigne con el título de *Experiencias y varios discursos de Miguel, señor de Montaña* con aprobación civil y eclesiástica fechada en Septiembre de 1637. Recoge el dato, luego, Victor Bouillier (*La fortune de Montaigne en Italie et Espagne*, Paris, Champion, 1922), quien considera el escrito como irremediabilmente perdido. Información incorrecta. Ya D. Constantino Román y Salamero, en su versión de los *Ensayos*, publicada en castellano en Francia a finales del siglo XIX (Paris, Garnier, 1898), había indicado que aquélla se encontraba depositada en la Sala de Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid.

Posteriormente, dos autores, Juan Marichal y Otilia López Fanego se han ocupado del estudio y análisis crítico de dicha traducción. El primero, Marichal, en su trabajo "Montaigne en España" (*Nueva Revista de Filología Hispánica*, t. VII, 1953; que, posteriormente, aparecerá reeditado como Cap. V de su obra *La voluntad de estilo* [Teoría e historia del ensayismo hispano], Barcelona, Seix Barral, 1957, reed. "Revista de Occidente", Madrid, 1971). Todo el estudio, en realidad, hay que entenderlo como una aproximación seria a la versión inédita del primer libro de los *Ensayos* realizada en el siglo

XVII por el ex-carmelita descalzo Diego de Cisneros y la repercusión de la obra de Montaigne en este siglo en nuestro país. Primera exposición que, poco tiempo después, completará y enriquecerá, con singular rigor filológico y precisión histórica, la Prof. Otilia López Fanego en su Tesis Doctoral y en otros ensayos sobre la cuestión.

Analizando la personalidad de Diego de Cisneros y su actitud ante los *Ensayos*, intentará mostrar Juan Marichal que es más que discutible la supuesta insensibilidad o indiferencia (insinuada por Bouillier) de los intelectuales españoles en el siglo XVII en relación a Montaigne. El interés por este autor es anterior incluso a las alusiones de Quevedo o a la traducción de Diego de Cisneros, como éste último indica en ella: ya en fecha anterior Don Baltasar de Zúñiga, del Consejo Real, primer ministro de Felipe IV, tío del Conde-Duque de Olivares, embajador de Francia y Flandes, fallecido en 1622, había traducido "desaliñadamente" ciertos "capítulos" de Montaigne, "que andan manusscriptos", suponemos que en los medios de la Corte. De esta primera versión, parcial, de los *Ensayos*, en la que no se pueden descartar que se incluyeran también ensayos de los dos últimos libros, ninguna noticia, salvo estas notas de Diego de Cisneros, ha llegado hasta nosotros.

En el apartado que titula "Montaigne y Quevedo", se limita Juan Marichal a volver sobre los textos ya apuntados por Bouillier y Saenz Hayes (*Michel de Montaigne, 1533-1592*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1939) en los que D. Francisco de Quevedo y Villegas alude a los "ensayos" o "discursos" del "señor de Montaña", comentando que: "La imagen quevedesca de un Montaigne a la vez sabio humanista, avisado "político" y "celoso" católico, reveladora de la propia aspiración personal del escritor español y de su ideal de hombre "entero", habría de ser muy atractiva para algunos de sus coetáneos". Sugerirá este autor, además, la hipótesis de la existencia de un grupo de recalcitrantes y significados "montaignistas", en el que sería necesario incluir a Zúñiga, a Pedro Pacheco, protector de Quevedo y (según su propia confesión) de Diego de Cisneros, alentador de la versión de los *Ensayos* realizada por éste entre 1634 y 1636 (Quevedo, según Marichal, a pesar del silencio de Zúñiga al respecto, pudo estar en el origen del proyecto), amén del propio Diego de Cisneros.

En el apartado del artículo que dedica a la presentación de la labor de traducción de éste último, nos aporta Marichal algunos datos relevantes, que es necesario recoger aquí. Marichal suponía, por ejemplo, que la edición manejada por Cisneros a tal efecto había sido la aparecida en 1617 en Paris, "chez" Michel Nivelles. Aparte del texto completo del primer libro, traduce Cisneros (fechada en Junio de 1637) la biografía de Montaigne y el prólogo de Maria de Gournay, incluidos en aquella. Incorporará, asimismo, un texto de Agosto de 1637 titulado *Discurso del traductor acerca de la persona del señor de Montaigne y los libros de sus Experiencias y varios discursos*. Como demuestra Juan Marichal, para traducir "essai", en un primer momento, juega Cisneros con la combinación de los términos "experiencias" y "propósitos"; si bien, luego, tal vez por la influencia de Quevedo, suprimirá en el título el término "propósitos" y titulará la obra *Experiencias y varios discursos de Michel, señor de Montaña*.

El "Discurso del traductor", del que este autor (Marichal), transcribe extensos párrafos, es realmente una pieza algo más que curiosa. Se da cuenta en él, en primer término, de las dificultades de traducción, externas (el empleo por Montaigne del francés arcaico) e internas (de orden estilístico y lingüístico: "hallo --nos dice Cisneros-- una de dos grandes faltas, o ambas juntas, por mejor dizer. Una de temeridad, que quiso escribir como loca y desusariadamente, y como dizen a desbarrar sin límite. Otra de flaqueza, sacando della esfuerzo para escribir con tanta libertad, porque aunque quisiera no supiera escribir de otra, por no saber las artes y scientias necessarias para esto..."; apreciación que, a nuestro entender, infravalora evidentemente la originalidad estilística y la innovación en cuanto a vocabulario del bordelés). Pero, además, se propone un listado de "prevenciones" al lector en relación a la obra de Montaigne, prevenciones que hay que entender en el contexto de una España de la primera década del siglo XVII dominada ya por el espíritu de la Contrarreforma. He aquí, pues, un dato relevante e interesante a destacar. Las "correcciones" y "enmiendas" que se introducen o proponen para, según Cisneros, adecuar el pensamiento del filósofo a las doctrinas ortodoxas de la "Sancta Iglesia Romana" son muy significativas y nos dicen mucho de la interpretación del propio Cisneros del pensamiento del bordelés, de la recepción de la obra de éste en la España del siglo XVII y, en definitiva, de la mentalidad vigente en nuestro país en este periodo histórico.

Se trata, para Cisneros, de depurar la obra de Montaigne de lo que él denomina "resabios de licencia gentil". Todo ello en bien, eso sí, de la mayor "gloria" y "renombre" de nuestro autor; ya que, de no eliminarse de ella lo que de "libre y malsonante" tiene, al decir de Cisneros, no sólo se podría herir ciertas sensibilidades y hacerse "sospechosa" de ser "vario" respecto a los dictados de la Fe (con los consiguientes responsabilidades y riesgos), sino que incluso "estos libros sin la corrección y estudio nuestro podían ser al Auctor de descrédito, a los lectores, a muchos peligrosas y dañinas, a otros escandalosas, a otros inútiles y vanas; con ello examinándolas, deshechando lo malo y menos bueno, nos quedamos con lo recogido y perfecto".

A través de esta "purificación" (piadosa) de los *Ensayos* (del Libro I en este caso) de aquellas proposiciones que "contienen mucha malitia y astucia viciosa", se pretende, como nos advierte Marichal, el "rescate católico" de Montaigne.

¿Cuáles son, pues, estas "peligrosas" doctrinas que Cisneros se cree en el deber de corregir, en nombre de la Iglesia y de los lectores repetuosos de Montaigne, supuestamente sin modificar el sentido e intención del bordolés "y sin borrar casi nada"? Indiquemos aquí las, a nuestro entender, más significativas:

1) [El alusión a pasajes del Cap. 11 de dicho Libro I] "Aprueba el Auctor claramente que se deben seguir sin otro examen los impulsos y movimientos repentinos y vehementes del propio espíritu o del genio asistente, que es muy peligrosa y dañosa doctrina" (& 6); 2) [Pasajes del Cap. 19] la aceptación por Montaigne del suicidio; 3) [Pasajes del Cap. 22] crítica de los milagros y convicción de que las leyes de la conciencia provienen de la costumbre; 3) [Textos del Cap. 25] la "mala y perniciosa doctrina", según Cisneros, de invitar al escolar a que lo tamice todo por el cedazo del juicio, prescindiendo de toda autoridad, o la de mostrar preferencia por la amistad frente a otros valores, obligaciones o instituciones de carácter sacro; 5) [Textos del Cap. anterior y del Cap. 30] cierta inclinación por el "comunismo primitivo" y la poligamia, propio del gentilismo bárbaro y la herejía adamita; 6) [Pasaje del Cap. 53] su supuesta negación del libre albedrío y su

claudicación y abandono en la búsqueda del sumo bien, ignorando, tal vez con "ignorantia temeraria gentil", las "evidentes razones (de) los Philosophos cristianos catholicos y los Theologos".

Más adelante haremos algún comentario acerca de la opinión de Román y Salamero en relación a la traducción de Diego de Cisneros.

Para cerrar este apartado, forzosamente, tenemos que hacer mención a la Tesis Doctoral de la Prof. Otilia López Fanego, titulada *Contribución al estudio de la influencia de Montaigne en España* (Madrid, Univ. Complutense, Fac. de Filosofía y Letras, 1974), en la que se hace un estudio histórico detallado y un análisis lexical en profundidad de esta traducción inédita y parcial de Diego de Cisneros, cuyo manuscrito, según apuntábamos más arriba, conserva nuestra Biblioteca Nacional. Trabajo a cuyos resultados, en síntesis, el lector galo podrá acceder en el artículo aparecido con idéntico título en el *BSAM* (n.ºs. 22-23, 1977), traducción, a cargo de Claude Blum, del "Extracto" de dicha Tesis ("Contribución al estudio de la influencia de Montaigne en España", *El Ingenioso Hidalgo*, Año XIV, n.º 42, 1974).

Allí aparece un breve apunte sobre la repercusión de la obra de Montaigne en España, mencionando las coincidencias entre el pensamiento del bordelés y el de Saavedra Fajardo y otros autores, aportando nuevos y esclarecedores datos biográficos sobre el traductor y el círculo intelectual al que pertenecía, y demostrando, corrigiendo en ello a Marichal, que el texto francés que utiliza Cisneros no pudo ser el de la edición de 1617 mencionada por aquél.

Se debía tratar, según las investigaciones de López Fanego, de una edición de 1625 para el "Prefacio" de Marie de Gournay y de otra, también del siglo XVII (anterior a 1634, aunque ni la de 1617 ni la de 1625) y que reproducía la edición póstuma de 1598, para el texto en sí. De ser ello cierto confirmaría la propia afirmación de Cisneros en el "Discurso al lector o del traductor", en donde declara haber empleado diversas ediciones francesas de los *Ensayos*.

Quisiéramos dar término a este apartado reproduciendo las impresiones de esta autora sobre Diego de Cisneros y su versión de la obra de Montaigne: "Nos vienen de nuevo a la memoria las atinadas

palabras de Cisneros al caracterizar a los *Ensayos*. "Un arte de vivir con todos". Detengámonos en estas sencillas y densas frases. Nos producen una indecible impresión de remanso y de paz. Bien prematuro y anacrónico sería la tolerancia --en el sentido de virtud respetuosa de la opinión ajena-- tratándose de estos hombres seguros de poseer la verdad y que consideran un deber imponerse a los demás. Pero el ejemplo de Montaigne es contagioso y su arte de persuasión, por lo mismo que no es coercitivo, es también irresistible. Sus ideas no han triunfado aún, más no han dejado de caminar, por lo menos entre los mejores y por ello nos conmueve que nuestro ex-fraile español, en el siglo XVII, acaso en contradicción consigo mismo --pero, ¿no ha dicho Montaigne que el hombre es vano, ondoso y vario?-- haya manifestado ese deseo de dialogar, de convencer y haya querido poner esta filosofía abierta y liberadora al alcance de sus patriotas".

¡Aunque, paradójicamente, como en otros estudios argumentará esta autora, la petición de licencias para la publicación de la traducción por parte de Cisneros a las autoridades correspondientes tal vez fuese el desencadenante de la temprana condena de los *Ensayos* por parte de la Inquisición española!

III) UNA VERSION INTEGRAL DE FINES DEL SIGLO XIX.

Antes de pasar a las versiones contemporáneas de los *Ensayos*, quisiéramos hacer unas breves consideraciones en torno a la "Introducción" con que Román y Salamero encabeza su traducción íntegra de los *Ensayos*, aparecida en París en 1898 (París. Garnier, 2 vols.; reimpresa en 1912 y 1938).

Esta "Introducción" o elogio está precedida, a su vez, de una dedicatoria "Al Exmo. señor Don Francisco Silvela, de la Real Academia Española" y fechada en París a 5 de Marzo de 1898. En ella, aparte de ofrecer datos biográficos sobre el perigordino y hacer una semblanza de la importancia de su obra en la historia y el pensamiento universal, aludirá a la traducción inédita de Diego de Cisneros, de la que transcribe incluso párrafos enteros, procedentes de notas

proporcionadas por el bibliotecario de la Sección de Manuscritos de la B.N. de Madrid D. Pedro Roca.

Comentará Román y Salamero, a propósito de ella: "Esta es bastante fiel y bien hablada, aunque algo oscura en sus pasajes; unas veces por interpretar el texto al pie de la letra, y quizás otras por no haber entendido el sentido rectamente. El traductor encarece las dificultades sin cuenta con que se tropezó en el trabajo, en lo cual tenía razón que le sobraba. Muchas cosas están escritas en sabroso castellano, porque, como es sabido, en la época del licenciado Cisneros solíamos escribir con mayores escrúpulos que hoy. La ortodoxia y el estado del traductor (se refiere a su condición eclesiástica) no le consintieron transcribir los pasajes "malsonantes y menos bien sonantes" que honradamente señala. En algunas partes se ve que no penetró muy hondamente los matices y delicadezas de que el texto está esmaltado, traduciendo sólo las ideas".

El mismo nos indica que en su traducción sigue la edición de Le Clerc (ed. de 1826) y apunta que, en su trabajo de traslación, había pedido asesoramiento a M. Leon Rovauet y M. Eduardo Díaz, llegando a entablar incluso contacto con M. Paul Bonnefon ("quizá el hombre mejor informado de su país en todo cuanto a Montaigne y a los *Ensayos* se relaciona..."); traducción elaborada con espíritu "escrupuloso"...hasta la "superstición", en la que, según propia confesión, se esfuerza en evitar "libertades", fruto, en fin, de "mas de tres años de continuo comercio y meditación". Traducción con pocas notas, las imprescindibles, y en la que "a veces se ha permitido forjar alguna palabra no muy legítima" para mantener el vigor y sentido del texto.

Su Montaigne viene arropado con todo el oropel de elogios con que la crítica, durante varios siglos y en diversos países, ha celebrado a nuestro autor, si bien, reconoce, que en el momento en que él mismo escribe, Montaigne es más citado que leído.

Alude a los débitos de Pascal a los *Ensayos* y, en cuanto a Charron, su comentario es severo: "El moralista Charron, autor del libro *De la Sagesse*, que en su época fue llamado divino sin causa justificada, calca los *Ensayos* del principio al fin en su obra, despojándolos de paso de originalidad y frescura".

Por lo demás, cuando se atreve a hacer juicios personales sobre el bordelés, el interés de sus apreciaciones es desigual. Subraya el "escepticismo a medias" de Montaigne, el carácter "poético" de su prosa (destacando la "plasticidad con que exterioriza hasta lo más recóndito de su alma (.) Todo lo cual hace que Montaigne hable de las ideas cual si fueran objetos que se tocan y ven"), considera a nuestro autor como un auténtico "anatomista" de la sociedad y destaca la importancia dada por él a la educación y su repercusión en este punto en autores posteriores como, por ejemplo, Rousseau ("El capítulo II del *Emilio*, en que Rousseau trata de la educación de su héroe, no es más que la aplicación de lo que Montaigne había expuesto dos siglos antes").

A esta valoración equilibrada deben sumarse, también, algunos apuntes más peregrinos, como cuando afirma que: "Su filosofía concuerda en todo con los principios de Santo Tomás, según la cual "la vida de un ser es tanto más perfecta como cuanto con mayor plenitud es capaz de obrar sobre sí mismo"...". ¡Nada más alejado del pensamiento escolástico en general, en efecto, creemos, que la filosofía vitalista y escéptica que defiende nuestro autor en todo momento en sus escritos (sean éstos ensayos, diarios o epístolas)!

Debemos añadir a lo anterior una apreciación crítica importante que hacía Ricardo Saenz Hayes en su mencionada monografía sobre el bordelés. Como el propio Román y Salamero indica, su traducción se hace a partir de la edición de J.V. Le Clerc, que reproduce la de Maria de Gournay (ed. 1595), tenida por fiel hasta que no fue comparada y contrastada con el llamado "Ejemplar de Burdeos" de los *Ensayos*, con notas manuscritas de Montaigne. Se supo entonces, comentará Saenz Hayes, que "Maria de Gournay alteró conceptos, atenuó expresiones y puso cosas de su imaginación. Salamero, involuntariamente, incurre en estas deformaciones". Esta dificultad, ciertamente, no se superará en las traducciones españolas hasta época recientísima.

La versión de Salamero, como enseguida veremos, se reeditará en nuestro país en diferentes ocasiones.

IV) LAS VERSIONES CONTEMPORANEAS DE LOS ENSAYOS.

Nada vamos a comentar de la edición de las *Páginas Escogidas* (Selección y comentario de Pierre Villey) (Cfr. *Textes choisis et commentés*, Paris, Plon, 1912), traducción a cargo de E. Diez-Canedo (Madrid, Calleja, 1912). Tan sólo apuntar, como curiosidad, que con la traducción de este texto, se introduce en España la singular interpretación dada por P. Villey al pensamiento de Montaigne, según la cual, como es sabido, cabría distinguir en su obra tres etapas o estadios progresivos (estoicismo, primero, escepticismo o "crisis escéptica", luego, y, por último, naturalismo, en ocasiones adjetivado de hedonista); interpretación que hoy en día la crítica contemporánea considera excesivamente forzada y, en todo caso, muy determinada y sierva de la atmósfera "evolucionista" que se respiraba en los círculos intelectuales europeos en el momento en que Villey la propone. Diaz-Canedo aludirá a las anteriores "versiones castellanas" de los *Ensayos*, citando a Baltasar de Zúñiga (*apud* Cisneros), a Diego de Cisneros, a Román y Salamero y, por último, la selección de los *Ensayos Pedagógicos* de Luis de Zalueta. Del "Prólogo" de ésta última hablaremos un poco más adelante.

De 1939 data la traducción de otra selección de fragmentos: *El pensamiento vivo de Montaigne* de Gide, publicado por Losada en Buenos Aires en dicho año y en donde se reproduce las famosas "Páginas inmortales de Montaigne" publicadas el mismo año por André Gide en la editorial Correa de Paris.

En 1941 se reedita la traducción de Román y Salamero (Buenos Aires, Losada, 4 vols, 1941), revisada y prologada por Guillermo de la Torre. Seis años más tarde, en 1947, aparece la versión de Juan G. de Luaces (Barcelona, Iberia, 1947, 3 vols.), reeditada luego en, al menos, dos ocasiones. En estas dos reediciones va precedida de unas "Notas prologales" de Luaces tituladas "Miguel Eyquem de Montaigne y sus *Ensayos*, definición y ejemplo de un modo literario de explicarse", diez páginas escasas. En ellas, este autor, influenciado por E. W. Emerson, asocia el género literario empleado por Montaigne como cauce de expresión de su pensamiento a su peculiar posicionamiento escéptico y a su actitud natural de "curiosidad". "Estimulado por esta búsqueda, complacido y gustoso en ella, curioso por cuanto le circunda y de sí,

dirige su vista hacia fuera como en íntima introspección, y sus ojos y el pensamiento, nada ajenos a los presentimientos y adivinaciones del corazón, no se sacian del infinito espectáculo de la Naturaleza en suma, pero sobre todo del ofrecido por los hombres. Observa y analiza incansable, con agudeza y perspicacia nada comunes, y en este afán de ver y comprender, procura contrastar su creciente sabiduría con la de otros, sin desdén para nada ni nadie, igualmente atento a aquellas sus más ilustres lecturas y a las experiencias y juicios personales que al saber de ... los labrantines de sus solariegas y entrañables tierras de Montaigne. Pero, con todo, no pretende sentirse nunca seguro, jamás convencido plenamente de cualesquiera conclusiones propias o extrañas, y por eso titulará a sus principales escritos, como sabemos, *Ensayos...*. ¡Algo tiene que ver, sin duda, en esto lleva razón Luaces, "ensayo", vitalismo y "duda" en la obra del bordelés!

En la misma década de los años 40 se reedita la traducción de Román y Salamero, en dos volúmenes y ya sin su "prólogo" (Buenos Aires, El Ateneo, 1948); aparece una nueva selección de los *Ensayos* a cargo de Ezequiel Martínez Estrada (Buenos Aires, Jackson, 1948, en un sólo volumen) y la edición, en 1949, de los *Ensayos Escogidos* de Manuel Granell (Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1949, un volumen). En el "Prólogo" de esta última edición se recogen también algunos juicios sobre la obra del perigordino, prestando atención Granell y preocupándose particularmente por el estilo de la misma. En fórmulas muy rebuscadas, se aprecia en sus conjeturas claramente la impronta orteguiana. Para él, el método o arte del bordelés "consiste en dejarse llevar por sus caprichos y fantasías", cualquier tema es "un pretexto para el arabesco de su pluma", sus *Ensayos* reflejan los "primores de lo vulgar" o mejor los "primores de la nada", en ellos destaca su "ironía amable y sonriente" y el realismo en el retrato de si mismo ("como retratista sigue una estética realista; no perdona detalle que rezume humanidad. No sería exagerado calificarle como un flamenco del retrato literario"), así como su notable "hambre de exteriorizarse". En cuanto a su pensamiento, el escepticismo, la tan cacareada "crisis filosófica" de Montaigne, "será --según este autor-- una escuela de calma, su santo y seña de prudencia", que le sirve para fortalecer los dominios del yo. Montaigne predica el evangelio de la "mismidad" (el ser uno mismo, no traicionar su ser) y, para él, la filosofía será prioritariamente "ancilla vitae".

De la década de los años 50-70 se pueden mencionar las siguientes ediciones. En primer lugar, en 1959, aparecen los *Ensayos Escogidos* (México, Universidad Nacional Autónoma de México, Col. "Nuestros Clásicos", 1959), con "Prólogo" de Juan José Arreola. De él recogemos a continuación algunas consideraciones. Nos habla Arreola del "tono confesional" de los *Ensayos*. La proclividad de Montaigne al escepticismo aparece vinculada a su experiencia biográfica y a los avatares de la sociedad de su época. En medio de la brutalidad y crueldad que reina en su tiempo, "Montaigne no puede por menos de sonreír con amargo escepticismo ante la mascarada sangrieta de los ejércitos de hombres disfrazados de héroes. Porque él creía en el hombre a secas". (Uno parece estar escuchando aquí la interpretación que Zweig había dado de la obra del bordelés años antes). En su obra, con todo, según este autor, no encontraremos ni desencanto ni resentimiento. Su exaltación del "yo", por otra parte, no debe entenderse ni como narcisismo, egolatría o exhibicionismo moral; sino, más bien, como esfuerzo por reconstruir y recobrar a través del "minucioso y lento microscopio ensayístico" los perfiles de la identidad perdida de la humanidad ("Cuando el ser individual se pierde en la muchedumbre y bestialidad hay que poner un lente de aumento sobre él para afirmarlo y destacarlo, porque a través de un yo auténtico, suele abrirse paso toda la humanidad"). Los *Ensayos*, verdadero ejemplo de prosa desordenada, producto de un espíritu inquieto, son el mejor mensaje, la mejor lección de tolerancia y concordia universal, ajenos como son al acatamiento de cualquier coacción moral o represión violenta. Montaigne sería, según Arreola, el precursor de la modernidad en su sentido más amplio: de las nuevas técnicas pedagógicas; en política, "primer ideólogo de lo que ahora llamamos liberalismo"; "precursor del psicoanálisis y la moderna literatura de la conciencia", y, sobre todo, "entre muchas otras, le caben dos glorias: condenó por inútil y degradante la tortura judicial, y fué el increíble primer hombre que argumentó seriamente contra las formas de crueldad humanas".

En 1960 se reedita la versión de Salamero con introducción, titulada "Universalidad de los *Ensayos* de Miguel de Montaña", a cargo de Ricardo Saenz Hayes, en la que se nos habla, fundamentalmente, de la fortuna de la obra de Montaigne en Francia, Inglaterra, España y las dos Américas (Buenos Aires, Aguilar, 1960, con reed. en 1970). Al

estudiar la recepción en Francia, por ejemplo, comenta este autor el relativo escándalo que produjo la aparición del Tercer Libro de los *Ensayos*, con su apología de la voluptuosidad y su pintura delirante del "yo", en los medios intelectuales galos, que no esperaban esto del "Séneca cristiano" ni del "segundo Plutarco". Montaigne, en él, según Saenz Hayes, parecía ofrecer el testamento de un renegado. "¿Cuándo se ha expresado Montaigne en tales términos sobre la mujer, el amor, el arrepentimiento, la conciencia soberana, la naturaleza como guía, la razón como juez? --se habría preguntado escandalizada la opinión pública conservadora ante este inesperado giro del perigordino hacia el hedonismo y el libertinaje, cree Saenz Hayes, quien continúa comentando, haciéndose patente el tono nietzscheano de su interpretación del pensamiento de Montaigne--. Déjanse oír los inmortales lugares comunes, las ideas gregarias, obtusas, perezosas, cobardes, sobre la constancia intelectual. Por constancia intelectual, entiende la persecución indefinida de un ideal inalterable e impermeable, sin rectificaciones menudas, ni cambios de fondo. Concepto desprovisto de lógica porque la vida es esencialmente inconstante, movable, transformable, y su valor, todo su valor, proviene de su capacidad renovadora y experimental. El que nace una sola vez es pobre cosa. Es el único que no cambia y es también el único que no puede intuir las múltiples muertes y nacimientos, o renacimientos, de los espíritus en perpetua lucha consigo mismo".

De 1971 data la edición de Enrique Azcoaga (Madrid, EDAF, 1971), precedida por una introducción de este autor (titulada escuetamente "Montaigne") no exenta de imprecisiones y débitos (que el propio Azcoaga reconoce) a Maurice Rat, en donde calificará a los *Ensayos* de "testamento vital" ("Llamamos *testamento vital* a los *Essais*, precisamente, porque todo libro que no es construcción en frío, ordenación inteligente, montaje literario, será siempre un testamento vivo. Porque lo que hace un escritor, cuando trata en principio de verse más claro, es darse en unas páginas tal y como es y tal y como reacciona ante su mundo y contorno. Lo más difícil del mundo en literatura es crear un libro que suponga una imagen fiel del autor a que se debe. Pues bien, esto sólo se consigue en libros como los *Ensayos* que son *testamentos vitales*. Esto sólo es posible cuando cada palabra, cada frase, es algo que el autor deriva de una experiencia mejorada, para dedicárselo al posible lector"), "biografía de una voluntad íntegra"

(para él el epistolario del bordelés es un auténtico "tratado de la amistad"), libro que sabe estar "a la altura del hombre", libro en el que se celebra la fiesta de ser hombre, en el que se palpa la dificultad de la aventura de adentrarse en la riqueza y el enigma de todo lo humano, cuyo estilo en ocasiones "cae en lo rotundo", evidenciando el hecho de "vivir en riesgo". En esta obra, en definitiva, según la opinión de Azcoaga, no encontraremos nada del "jadeo, la sequedad, la falta de la auténtica ameneidad, en suma (.) lo que hace cualquier creación del espíritu eminentemente descortés", sino, por el contrario, la cortesía del literato y eminente creador. En otro orden de cosas, "conservadurismo" no significa en Montaigne recalcitrante tradicionalismo, petrificación o fosilización y dogmatismo, sino, más bien, espíritu moderado, respetuoso y leal con su afán y alegría de vivir.

Una nueva selección de los *Ensayos* (Madrid, Círculo de Amigos de la Historia, 1973), realizada a partir de la traducción de C. Román y Salamero, es la prologada por Federico Carlos Sainz Robles. Sintentiza en ella dicho autor, en su "Introducción", los tópicos al uso. Montaigne sería, en política, realista; en religión, conservador; en filosofía, con querencias racionalistas; en moral, perfila un "arte de vivir" cuyo secreto es el hacerlo en conformidad con la Naturaleza; en literatura, anhela la veracidad. El bordelés, por lo tanto, respondería perfectamente a la imagen o figura del "burgués" de la Modernidad.

V) UNA TRADUCCION RECIENTE DE LOS *ENSAYOS*.

El último intento de ofrecer una versión digna de los *Ensayos* es el llevado a cabo por M^a Dolores Picazo y Almudena Montojo, que ha fraguado en la aparición del texto en tres volúmenes en la editorial Cátedra (Col. "Letras Universales", n^o 33, Madrid, 1985 y sigs.). De la "Introducción" de esta edición, recogida en el vol. I, extraemos algunos apuntes de su peculiar enfoque o interpretación del pensamiento de Montaigne.

Su proyecto o preocupación básicos, según las autoras, es "mostrar la indiscutible modernidad de los *Ensayos*", situándolos en el

lugar que les corresponde en el ámbito o marco de la escritura autobiográfica moderna.

Montaigne, en este sentido, es, en primer lugar, una "conciencia humanista". La ruptura con la Escolástica, la afirmación absoluta de la vida y del mundo, así como del individuo, la recuperación de ciertos valores de la Antigüedad pagana, etc., preparan el terreno a los *Ensayos*, donde cristaliza este "culto a la inmanencia, piedra angular de toda la cultura egotista" y síntoma de consolidación de las condiciones antropológicas, culturales y metafísicas que abren la posibilidad del proceso autobiográfico moderno. En el Renacimiento, pues, se decanta la concepción moderna del hombre, en tanto que existencia única y autónoma, "sujeto y objeto de su propia experiencia", celoso instigador de la conciencia de sí. Primacía, en un sentido desacralizado, del espacio anterior. No es de extrañar que la autobiografía empiece a tomar carta de naturaleza en el Renacimiento, distanciándose ya de las "confesiones" cristianas, en la medida en que es ajena al propósito moral o teológico de aquellas.

Montaigne afina, precisamente, esta concepción y los *Ensayos* culminan la evolución de este proceso autobiográfico. Su objetivo es el conocimiento y, a la vez, (re)creación (a nivel literario) del yo. La escritura fraccionada o fragmentaria del "ensayo" no es sino la fiel expresión de la estructura fraccionada o fragmentada, desgarrada, del yo, del sujeto. La forma abierta del ensayo redobla, a nivel literario, la propia estructura abierta del individuo. Inestable, móvil objetividad que, además, se acentúa a nivel literario con la incorporación o irrupción en el texto de frecuentes disgresiones. De ahí la primacía del instante. En los *Ensayos* existe un tiempo y un espacio absolutamente privilegiados y únicos, el del presente, el de la propia escritura, en donde este yo se conoce y se (re)crea. De ahí la "utopía" y "ucronía" del texto. El sujeto se (re)construye en la dinámica de la escritura, que, por otra parte, no es sino práctica plural.

Resumiendo, para estas autoras, los *Ensayos* expresan la alborada de la conciencia moderna: "Nuevo modo de expresión literaria al que optamos por llamar espacio de la escritura autobiográfica, por dos motivos fundamentales: por un lado por nuestra concepción del hecho literario como práctica dialéctica viva en constante búsqueda de

su propia significación, y, por otro lado, por una comprensión del acto autobiográfico como conducta ontológica, asimismo en constante creación. Y ello, no sólo para distinguirlo del género, ya catalogado de autobiográfico, sino también y sobre todo, con objeto de poner de manifiesto tanto los conceptos de búsqueda y de ensayo itinerante, como las nociones de movilidad e inestabilidad que le caracterizan".

Las autoras harán, también, una confrontación interesante entre la práctica literaria del "ensayo" con la psicoanalítica moderna o la ascético-religiosa medieval.

Uno de los méritos de esta nueva versión al castellano de los *Ensayos*, no exenta de imprecisiones en la traducción de nombres propios y, por ejemplo, del vocabulario y expresiones filosóficas que utiliza Montaigne, es el de presentarnos, por vez primera en nuestro país, una versión íntegra de su obra en base al "Ejemplar de Burdeos" (sin las "mediaciones", por tanto, de Marie de Gournay).

VI) LOS ENSAYOS DE MONTAIGNE EN CATALÁN.

De los *Ensayos* de Montaigne no existen, por el momento, versiones en lengua gallega o en euskera; pero sí algunas en lengua catalana. Existen, en efecto, dos traducciones antiguas de los *Ensayos*, ambas parciales: la versión de los *Assaigs* de Nicolau M. Rubió i Tudori (Barcelona, Llibreria Catalònia, sin fecha, aunque probablemente editada en época de la II República Española; en dos volúmenes, pero que tan sólo abarca los 27 primeros Capítulos del Libro I) y la traducción anónima, probablemente de Jaume Aiguader i Miró, de la *Apologia de Ramon Sebiuda* (publicada en los n.ºs. 56-104 de *Monografies mèdiques*, Barcelona, 1931-1936).

Existen, además, dos traducciones parciales más recientes. La versión de Juame Casals Pons de la *Apologia de Ramon Sibiuda* (Barcelona, Laia, col. "Textos Filosòfics", n.º 6, 1982); encabezada por una excelente "Introducció" de Pere Lluís Font, buen conocedor (al igual que el propio Casals) de la obra del bordelés. En ella nos habla P. Lluís Font del estilo anti-retórico de Montaigne, estilo natural

estremecido por ritmos musicales y biológicos, siempre imprevisibles, estilo al servicio directo de su pensamiento, vehiculado a través del ensayo, género literario --como el diálogo-- abierto y antidogmático por naturaleza. Para este autor, que admite cierto fundamento real en la consideración tripartita y evolucionista de la obra de Montaigne (estoico, escéptico y naturalista más o menos epicúreo), "Montaigne no es un escéptico de escuela". Nada se observa en él del "escepticismo marcial" que Nietzsche le atribuyera: su escepticismo es metódico y funcional, nada más. "El escepticismo --nos dice--, más que un momento, es un ingrediente de la filosofía de Montaigne, que, desde este punto de vista, se sitúa en la línea de la *docta ignorantia* socrática. La razón de Montaigne es una razón irónicamente dubitativa". Pero, fundamentalmente, el bordelés es un "psicólogo" en el sentido nietzscheano: con Cervantes y Shakespeare, un escrutador nato de la humana condición. Un "genealogista". Montaigne, conservador por pragmatismo, conservador paradójicamente "apasionado de la libertad", con todo, sigue siendo considerado por Font como "el primer y el más grande de la lista" de la "tradición de *moralistas* franceses". La "Apología" puede ser leída en clave libertina o cristiana. En el cruce de ambas lecturas nos encontramos a un Montaigne "católico pirrónico, liberal, tolerante, crítico, libre. ¡De los peores!".

Dos años después de la aparición de esta traducción de la "Apología", el ensayo más voluminoso y uno de los de mayor profundidad filosófica del perigordino, en 1984, en traducción de Antoni-Lluç Ferrer, aparece la versión catalana del Libro III de los *Ensayos* (Barcelona, Edicions 62, col. "Les Millors Obres de la Literatura Universal", nº 34, 1984; con una "Presentació" y notas a los Capítulos de André Tournon, quien subraya en la introducción la insistencia del bordelés en este libro, frente a la actitud adoptada en los dos primeros, en "responder a los requerimientos del presente", a "las cuestiones de la actualidad más urgente").

VII) APUNTE FINAL.

He aquí, pues, en mosaico, el panorama general de las diferentes versiones de los *Ensayos* al castellano, publicadas en España o América, y a las lenguas de las comunidades autonómicas históricas.

Hemos intentado indicar sus características más relevantes, destacar la "interpretación" de fondo que subyacía a las distintas presentaciones o guías de lectura, mostrando, creemos, como dichas valoraciones han ido evolucionando. En unas prevalecen criterios de ortodoxia católica (la versión de Diego de Cisneros del siglo XVII), en otras claros enfoques o prejuicios "evolucionistas", nietzscheanos, orteguianos, y otros. Son diferentes perspectivas a través de las que, diferentes editores españoles, en distintos momentos históricos y desde diferentes mentalidades, han querido "presentarnos" a Montaigne, "su" Montaigne.

A nuestro entender, y por la razón que acabamos de exponer, se trata de "materiales" importantes para comprender el fenómeno de la penetración y la vigencia de Montaigne y su obra en la cultura española.

Santiago de Compostela, Noviembre, 1992.